

Sección 2.^a—HISTORIA

UN PATRIOTA BASKO

ESTANISLAO DE ARANZADI

(SEMBLANZA)

Por dedicar a la memoria del que fué mi querido amigo don Estanislao de Aranzadi algún obsequio literario, expresión de la pena mía y atestiguamiento de los méritos suyos, andaba yo procurando aumentar mis recuerdos y noticias, y me maravilló extraordinariamente la que me comunicaron algunos de sus allegados próximos:

—Estanislao—decían—era muy distraído, y me lo demostraban con ejemplos chistosos.

—¡Cosa rara!—exclamé yo—nunca advertí sus distracciones.

E insistían ellos con sabrosas anécdotas. De donde vine a deducir, no sin lógica aparente, que yo no le iba en zaga a mi amigo. Mas como esa deducción repugnaba a mi propia experiencia de novelista que observa el mundo exterior, díme a cavilar sobre ello. Pronto descifré el enigma: Aranzadi y yo hablábamos siempre de las mismas materias: de la raza baska y de su idioma, de los derechos del País Basko, de la necesaria unión de sus naturales y territorios, de los errores de lo pasado, de las esperanzas de lo porvenir.... Nuestras conversaciones adolecían de la sublime monotonía de que adolecieron las que tuve con Iturralde y Olóriz. Era absolutamente imposible que Aranzadi se distrajera acerca de esas materias, o más propiamente, de sus pensamientos y sentimientos, como quien dice, causa final de su vida ciudadana. Si de Aranzadi suprimis el *euskarismo*, quedan un nombre, una abstracción, un fantasma.

* * *

Le conocí hace muchos, muchísimos años, cuando fui a examinarme del preparatorio de derecho en la Universidad oñatiense, donde él era profesor, antes de la última guerra civil carlista. Llevaba yo una carta de recomendación para Aranzadi y me recibió abriéndome sus brazos,

con la afabilidad propia de su genio. Sentía yo dentro de mí, entonces, aunque nada sabedor de nuestra raza, lengua, historia e instituciones, cierto euskarismo balbuciente y borroso, cierto calorcillo precursor de florecencia baska, cuyos capullos se abrieron al hervor del tumulto anti-basko de 1876. Pasaron algunos años; Aranzadi y yo volvimos a encontrarnos en Iruña y las comenzadas relaciones de Oñate se robustecieron y completaron hasta subir al predicamento de amistad verdadera. Desde entonces muchas aventuras—y muchas desventuras—corrimos juntos, vueltos los ojos hacia la Patria desdeñosa, y, lo que causaba mayor pena, olvidada de sí misma.

La figura de Aranzadi denotaba, a primera vista, que Estanislao no era hombre del montón anónimo. Las facciones de su cara, la disposición, líneas y corte del cuerpo, formaban un todo original y genuino. Ensortijado y obscuro el cabello; despejada y de buenas proporciones la frente; sagaz, escrutadora y limpia la mirada; lacio el espeso bigote entre los surcos profundos de la nariz a la boca, ahondados por las emociones generosas y compasivas; finos los labios, donde se disputaban asiento la expresión burlona y la benevolente; voluntariosa la barbilla; enjuto el rostro; magros, pero nervudos, los miembros; largo, ágil y decidido el paso; radiante de inteligencia la cabeza y de vigor el cuerpo que se sobrepuso a peligrosas enfermedades, adolecidas algunas cuando ya la juventud no juega su triunfo en la partida. Viejo, aún subía los cerros armado de su escopeta y las escaleras domésticas cantando o silbando, con el mismo brío que pronunciaba la palabra «¡claro!», al corroborar las demostraciones propias o las de su interlocutor que le parecían exactas. Y ese «¡claro!» imperioso, abonaba cumplidamente el acierto del razonamiento ajeno, puesto que en achaques de discurrir, demostrar, argumentar y discutir conforme a los sanos principios dialécticos de la escolástica, tan neciamente desatendidos de los modernos, cuya mente queda abierta a todos los sofismas, era maestro el maestro Aranzadi.

Llevaba del soto y del otero a la controversia forense y política su perspicaz ojo de cazador; al vuelo descubría la endeblez de la argumentación, la ambigüedad o impropiedad de los términos, los intersticios de la prueba, y ora con la sutileza del milano, ora con el ímpetu del águila, dislaceraba la trama dialéctica adversa. ¡Ay del que le concediese el dedo meñique! Pronto le llevaría la mano, y el puño, y el brazo. Retorcía los argumentos contrarios con presteza increíble, poniendo al adversario en contradicción consigo mismo. La elocuencia de su palabra provenía del dinamismo, del calor, de la vida del discurso, comentado por las inflexiones de la voz, los ademanes de los brazos y los gestos de la cara. Sabía afirmar con gravedad, lentitud y fuerza, desplegando con ello ante los oyentes, la firme convicción interna. Holgábase

de revestir de forma paradógica una verdad evidente y fundamental, cuya divulgación conviniese. Ardía Nabarra en ira contra el ministro Gamazo, conculcador de los fueros, y Aranzadi escribía el 29 de Mayo de 1893: «¡Viva Gamazo, porque nos une a todos!» ¡Exteriorización corneilliana de un pertinaz anhelo sin cesar contrariado! Poseía el arte valioso de compendiar en frases epigráficas pintorescas, llamativas, impresionantes, la substancia de largos razonamientos. No me acuerdo quién le echó en rostro que no aprobase, siendo partidario del ensanche de Iruña, cierto proyecto del Ayuntamiento, mediante el cual, el ramo de Guerra, tras de quitarnos muy lindos cuartos, construía a nuestras expensas, un nuevo recinto fortificado, en torno de la nueva edificación. Aranzadi resumió las razones que adujo, en la siguiente frase lapidaria, henchida de sentido común: «Soy partidario del ensanche de Pamplona, no del ensanche de las murallas». ¿Cabía replicarle cosa de provecho?

De su natural o condición, que ahora llaman carácter, nada he dicho aún. Es el que correspondía a un baskón de la buena cepa: enérgico, vehemente, obstinado, impávido, celoso de su libertad y de su honra, estimador de la dignidad propia y de la ajena: a buenas, pan tierno; a malas, pedernal. Retrátanle admirablemente estas palabras suyas: «Me siento..... con fuerza y energía bastantes para ser Zar de todas las Rusias, y si no lo he intentado nunca, es porque de la independencia y altivez de los demás, tengo el mismo concepto que de las mías propias». «Quiero con esto decir..... que si estoy dispuesto a seguir como un niño a quien me ilustre, o como un ciego a quien vea más que yo, yo no reconozco como jefe a nadie *absolutamente* en este mundo».

Las ideas que ese hombre, tan bien aparejado de dones, sirvió con inquebrantable constancia, fueron: Dios, Patria baska, integrada por sus características esenciales, singularmente el idioma y federación de los Estados baskos. Vivió por ellas, y por ellas hubiera sabido y querido morir.

* * *

Parece que tan excelentes partes al servicio de tales ideas, en un país como Nabarra, debían de haber franqueado las puertas del encumbramiento político a don Estanislao; pero no fué así. Él, que desempeñó con sumo lucimiento los cargos de presidente en Asociaciones patrióticas y en Sociedades bancarias e industriales, y el de decano en el Colegio de Abogados de Pamplona, se murió sin haber sido concejal siquiera. Verdad es que sus aficiones no le atraían a esos caminos; pero en fin, cuando a fuerza de ruegos y de instancias logró el partido euskaro arrancarle el consentimiento para presentar su candidatura a diputado foral y provincial, el partido electoral de Estella cometió el error

y—¿por qué no decirlo?—la injusticia de no aclamarle. El hombre de antecedentes republicano-federales, que escribió en su manifiesto la, por otros malévolamente interpretada frase: «soy partidario, hasta la exaltación, de todas las libertades públicas y privadas», despertó a pesar de ello, los recelos de uno de los bandos españolistas que han ensangrentado los campos y los montes de la ilustre Merindad lizarriense, al cual le suscitó un contrincante, sin duda por causarle más punzante amargor, en la persona de un amigo suyo, y nuestro, y de todo el mundo, por sus loables prendas. El vencedor don Silvestre Goicoechea fué diputado excelente, de amplio y patriótico criterio; pero desengañó las esperanzas de quienes pretendían con la mediación suya procurarse la hartura de pasiones-políticas. Aranzadi se lo tuvo por advertido; jamás volvió a sonar su nombre en elecciones, aunque siempre ayudó a los buenos, y en su hogar prosiguió fulgurando, aún con mayor extensión si cabe, el amor a la Patria.

Aranzadi aquilataba como pocos la íntima conexión que la naturaleza ha establecido entre el baskuenze y la perpetuación del tipo racial, moral, social y nacional de los baskos. Fué el *euskara* el amor de sus amores, la niña de sus ojos, la nata de sus propósitos. No le dejaban las ocupaciones forenses tiempo libre para estudiarle y se determinó a que sus hijos le aprendiesen, lográndolo, a pesar de que vivían en Iruña, ciudad desastrosamente *erderizada*. No sin subir cuestras arriba y remar contra la corriente; porque no habiendo entonces (aún ahora los hay pocos) maestros de baskuenze, echó mano de *aurzayas* y criadas, cuyo más tenaz deseo, si a mano viene, en vez del de comunicar su *euskara*, era el de «aprender en castellano» para charlotear con sus congéneres. Y si salía alguna mejor dispuesta, acaso habían de sacrificarse a su conservación preciosa otras conveniencias del orden doméstico, completamente independientes del idioma que hablase—o no hablase—la moza. Todo esto representa una suma de molestias, dificultades, trabas y desasosiegos que quien yo bien me sé, durante largo tiempo, soportó estóicamente en aras del genio tutelar de la raza tan menospreciado de otros.

El *euskara*, hace ya años, entró en el período crepuscular; pierde leguas de terreno; en Alaba y Navarra, la sucia ola del Sur le barre hacia el Norte; en Bizkaya y Gipuzkoa los focos de supuración erdérica se diseminan dentro del mismo cuerpo gipuzkoano y bizkaino: las dichas fábricas, los bienaventurados balnearios, el bendito veraneo, el dadivoso esportismo, la cultural inmigración de yabanas, alcanzan lo que prosiguieron sin provecho invasores y tiranos: uncirnos a carro ageno. ¿Qué importa?; si perdemos el honor, nos llenamos el bolsillo. ¿Cómo impedir el daño? ¿Cómo poner puertas al campo? Tocante al *euskara*, Aranzadi, instruido por su experiencia, nos enseñó el remedio

en su hermosa conferencia dada en el «Centro Vasco» de Bilbao el 28 de Febrero de 1902, donde el ingenio, la emoción y el amor patrio brotaron a raudales de una misma boca. Aranzadi, agudamente, se desentendió de toda labor de contención por ineficaz, y encaminó sus nobles conatos a la reconstitución de la lengua, cifra de la reconstitución del pueblo euskaldun, por medio de la familia y de la escuela. Así, al paso que aumentase el número de los patriotas *practicantes*, los huecos que la infidelidad abriese en la conservación de las características raciales, se rellenarían con elementos vivos y sanos, verdaderamente renovadores del cuerpo enfermo.

Aranzadi abominó siempre de los hechos consumados que arrebataron al pueblo basko su inmemorial independencia originaria. Miradas las dificultades de la empresa y el curso de las nuevas ideas políticas, pensó, desentendiéndose de arraigadas tradiciones familiares, que el resurgimiento podría venir por el camino de la república federal. Pero la *pésima teología* del federalismo hispano levantó barreras en el camino; y cuando los desafueros irreligiosos y de toda laya de la revolución septembrina hubieron de liquidarse a tiros, se retiró a Estella, su pueblo natal, desde donde contempló, apesadumbrado, las peripecias de la cruenta e ineficaz contienda y esperó su hora, la hora crítica de la prevista «deshecha». Valido de sus parentescos y amistades en las filas carlistas, laboró ahincadamente, no sin riesgo personal, porque a última hora se izase la bandera del país y se *pactase* con el Gobierno español el mantenimiento de las viejas libertades. El recuerdo del convenio de Bergara, de la traición que le cimentó y de los desengaños que le siguieron (leyes de 1839 y 1841), paralizó la buena voluntad de algunos caudillos carlistas, execradores de Maroto, e inutilizaron, por tanto, la nobilísima propaganda de Aranzadi.

En Iruña, donde Aranzadi abrió su bufete de abogado después de la guerra civil, vivían, cada uno para sí, varios patriotas nabarros henchidos de baskismo. Puestos al habla paulatinamente, organizaron la *Asociación Euskara de Navarra*, cuyas ideas fundamentales divulgó el programa publicado en baskuenze y castellano el 6 de Enero de 1878, suscrito por la Junta directiva de la cual era miembro Aranzadi: *«El objeto de la Sociedad—decía el programa—es conservar y propagar la lengua, literatura e historia vasco-navarras, estudiar su legislación y procurar cuanto tienda al bienestar moral y material del país..... Si el pueblo euskaro, CUYA RAZA, CUYO GENIO PECULIAR, CUYAS COSTUMBRES SON TAN ESENCIALMENTE DISTINTAS DE LAS DE LOS OTROS PUEBLOS, ha podido conservar su personalidad, y se ha mantenido con su genuino carácter y sus varoniles virtudes a través de los siglos, es indudablemente porque su po guardar, como en depósito sagrado, esa antiquísima lengua vascongada..... La Asociación ha de ser un campo neutral, donde olvidando*

mezquinas divisiones, SE ESTRECHEN EN FRATERNAL ABRAZO TODOS LOS HIJOS DE LA EUSKAL-ERRIA, CUYO CORAZÓN SE INTERESA VIVAMENTE EN EL BRILLO Y RENOMBRE DE NUESTRA HERMOSA Y HONRADA PATRIA, *aspiren a labrar su felicidad y bienestar.....*» Esta es la primera Sociedad, según creo, que se haya propuesto la conservación y propagación del baskuenze. Aunque naturalmente de ella brotó más tarde un partido denominado euskaro, con periódicos como *El Arga* y *Lau-Buru*, no era Sociedad política, mas el «Programa» marcó discretamente su devoción a las instituciones y leyes de la tierra debajo del velo de estudiarlas. Cuando nació la Asociación Euskara estaban suspendidas las garantías constitucionales y vivíamos sometidos a la dictadura del general Quesada, flamante Marqués de Miravalles, hombre receloso, asustadizo y entrometido. A Dios gracias las más altas autoridades militar y civil de Navarra (el general don Manuel Alvarez Maldonado y el gobernador don Serafin Larrainzar) solían ejecutar con sordina las sonatas militares del general en jefe (1).

Aranzadi fué varias veces Presidente de la Asociación. El 25 de Noviembre de 1884 presentó al Ministro de Fomento una elocuente y razonada exposición, proponiéndole varias eficaces medidas encaminadas a la conservación del baskuenze. El Estado español anti-basko no supo honrarse a sí mismo aceptándolas.

Las dificultades de índole legal, se orillaban; otras, menos removibles, dimanaban de la profunda desbasquización de la Nabarra de entonces. Los jóvenes patriotas actuales se quejan de vicio; ¡era de ver aquello! La determinación de loar, aplaudir, ponderar, estudiar, conservar, extender, escribir y hablar el baskuenze pareció mentecatez inaudita, o medio barato de ganarse notoriedad. La rechifla fue sonada. Los eruditos de café y casino reeditaron las definiciones más picantes de la causticidad castellana: «*bazarre=reunión de gente grosera*»; «*Vascuence: lo que está tan oscuro y confuso que no se puede entender*»; «*guzon: hombre torpe, zafio e ignorante*», etc. Repulsa a que han de añadirse el desvío, la desconfianza, la frialdad de muchos de los nabarros, cuya lengua nativa es el baskuenze. Les maravillaba que los irun-xemes txori-arrapatzalles (2) que apenas sabían decir *eskerrik asko* y *egun on*, tomasen a pechos el florecimiento de un idioma del cual nunca los par-

(1) Recuerdo un rasgo del señor Larrainzar. Fuimos don Juan de Iturralde, don Antero de Irazoqui y yo a presentarle una circular impresa en baskuenze, para que autorizase su publicación. Tomóla en las manos, la miró y dijo: «Aunque nabarro, ya saben ustedes que no entiendo el baskuenze. Autorizada la publicación. Estoy seguro de que ustedes no me querrán comprometer». Y él mismo estampó el sello del Gobierno civil. Los gobernadores de ahora son de otro dentaje, cornaje y pelaje.

(2) «Pamploneses», según los antiguos aldeanos de la Cuenca.

lantes, hasta entonces, habían oído hacer aprecio. Ahí se ocultaba algo: gato encerrado; buscarían votos con nuevas *imbusterias*. Eso es, votos, votos. Y a los *jauntxos* de los valles se les ponía la carne de gallina, pensando que les iban a comer el heno de las metas caciquiles. Escepticismo análogo al de los aldeanos que asisten a las excavaciones de dólmenes. «¿Cómo, para buscar esas porquerías, dientes podridos, calaveras y zancarrones rotos y cachos de olla, andan esos subiendo malas cuestas, calados hoy y achicharrados mañana?» Otra les queda dentro: «por tesoros o minas, o así, andan». Aranzadi y sus amigos respiraron entonces aire enrarecido y viciado; pero vivieron y vencieron. El Ayuntamiento de Pamplona dió premios a composiciones escritas en baskuenze, sin contradicción ni burla de nadie. Habían saneado la mentalidad reinante.

Aranzadi, presidente de la Asociación Euskara, anduvo muy metido en la preparación y celebración de los inolvidables actos ejecutados por Nabarra contra la política anti-fuerista de Gamazo. Pero se movía con otras personas, y su iniciativa personal diluía en las operaciones mancomunadas. Algún acto particular suyo, merece ser recordado, y algún otro sacado a luz por primera vez.

Antes de dislocarse la manifestación pamplonesa del 28 de Mayo, agolpábase el pueblo delante de la Casa Consistorial, y como la muchedumbre viese en el balcón a don Estanislao de Aranzadi, pidió, clamoreando, que le dirigiese la palabra. Aranzadi, personificaba, por sus antecedentes, la santa intransigencia foral y el más encendido patriotismo. La verdad de la cosa se imponía a los prejuicios y conveniencias de partido. Aranzadi, sólo dijo esta lacónica frase: «Hoy no es día de hablar, es día de sentir. ¡Viva Navarra!». El pueblo repitió el viva, y se retiró, no sin experimentar cierta molestia de decepción. El 29 de Mayo *El Eco de Navarra* publicaba una carta de Aranzadi, que contiene las siguientes líneas: «Silenciosa» según el programa, debía ser la patriótica manifestación de ayer; y no había de ser yo quien faltara a la consigna. Sirva esto de explicación al pueblo, si con él fui poco cortés en la plaza del Ayuntamiento». Renglones más abajo añadía: «¡Viva Gamazo! Que por él ha amanecido para Navarra el día más grande de su historia. Gracias a él en Navarra no hay hoy más que navarros, etc.» ¡Viva paradógico que se popularizo; viva que era legal hasta.... la ironía!

Sí, la consigna oficial era la del «silencio», pero lo que se reservó en el pecho prudentísimamente Aranzadi, es que esa consigna se dictó principalmente contra los *euskaros*, cuyas ideas, tan recia y apasionadamente combatidas antes, de repente se habían enseñoreado de todos los ánimos. Por eso gritaba Aranzadi: ¡Viva Gamazo! «porque Gamazo ha hecho para Navarra, ya que no por Navarra, más que todos los na-

varros juntos; *más, mucho más que las incesantes predicaciones nacidas del mejor deseo*», según reza la carta referida. Pero a los euskaros se nos decía: «conténtense con la inesperada conversión y no se acuerden de la predicación. Ello humillaría y disgustaría». Miseriucas que no empañan el resplandor de aquellas inmortales jornadas.

Aranzadi fué miembro de la Junta nombrada para preparar el recibimiento a la Diputación foral, que volvía de Madrid, después de mantener con insuperable tesón delante de Gamazo los mermados derechos de este antiguo Reino, negándose a pactar nada con el Gobierno. El entusiasmo del recibimiento fué estupendo; Aranzadi puso de bulto su significación: «Y segura puede estar España de que Navarra extremará la prudencia, llegando hasta los límites en que el honor se pierde..... si se intentara arrojar contra una región de reducidos límites..... el peso de la nación entera..... y se creyera que hemos de sucumbir a una afrentosa humillación, téngase presente que un pueblo no es una lámpara que se apaga de un soplo; y que cuando se trata de pueblos de la fuerza de cohesión y entusiasmo de que Navarra dió muestras anteayer, antes de extinguirse y desaparecer del catálogo de los pueblos libres, puede dar causa al arrepentimiento del opresor». («Día grande», en *El Eco de Navarra*, 20 Febrero 1894).

Acordóse perpetuar, por medio de un monumento, la entereza y el patriotismo de Nabarra; Aranzadi presentó a la Junta dos inscripciones baskas que él había compuesto para que se grabasen, escritas con caracteres comunes la una, y la otra con ibéricos. De esta manera, el pensamiento capital de mi amigo, se ve allí como incrustado en aquellos mármoles y bronces, símbolo propio de su perennidad.

La conmoción de Nabarra corría hervoreando por los cauces de la legalidad más perfecta. Las autoridades, desde la Diputación al último de los alcaldes pedáneos, recomendaban calma, prudencia, disciplina. El pueblo de los arranques leoninos, dispuesto a empuñar las armas cuando se lo mandasen, obedecía a las exhortaciones pacíficas con la sumisión del cordero. Impensadamente, una chispa cayó en medio del rastrojo. ¿Ardería la hoguera? ¡Momentos de ansiedad terrible! El sargento José López Zabalegui, comandante del fuerte Infanta Isabel sobre Puente-la-Reina, dos soldados y cuatro paisanos, se habían sublevado al grito de ¡Vivan los Fueros! El pueblo, no por desvío, sino por disciplina, desaprobó el extemporáneo movimiento. Pronto se deshizo la partida, y quedó sólo el pobre sargento López, activa pero inútilmente perseguido, porque nadie le delataba, mas sin lograr ponerse en salvo. Cuando ya le olía a pólvora la cabeza, don Pablo Jaurrieta (q. e. p. d.) y Aranzadi imaginaron llevarle a Badostain, de donde era párroco don Serapio Gurbindo. Este virtuoso sacerdote patriota no cerró su genero-

so corazón a las súplicas, y por vericuetos que él y los gamos se saben, en pocas horas, metió al sargento López en Francia.

Decir que Aranzadi era ferviente católico y que la sávia católica producía las flores de su corazón y los frutos de su inteligencia, parece aviso excusado. No quiero insistir sobre ello, porque no pertenecía al número de los que alardean de Religión y «convierten en substancia propia las cosas que son de Dios». Pero mi semblanza quedaría demasiado incompleta si le faltase ese trazo. Diré, únicamente, que detestaba la blasfemia, sobre todo, la bestial, excrementicia y sacrilega blasfemia española. Él provocó desde las columnas del *Diario de Navarra* la campaña de saneamiento, y redactó con insuperable tino la alocución convocatoria de un mitin, que llegó a celebrarse en Pamplona, presidido por la Diputación, con enorme concurrencia de gente pamplonesa y forastera. Ningún reparo opusieron a la firma del documento, los representantes de los partidos republicano, conservador, liberal, agrupación socialista, círculo carlista, círculo integrista, Conciliación, Protesta Católica, Juventud Carlista, Juventud Socialista, Juventud Integrista, Federación Obrera, Juventud Conservadora y de todos los periódicos de la Capital. Aranzadi firmó el primero, en nombre del partido nacionalista nabarro, y además peroró, con la elocuencia que procuré describir arriba, en el mitin. Esa concentración unánime de voluntades heterogéneas, le recompensó magníficamente.

* * *

Aranzadi pertenece a la que los naturalistas llaman especies proféticas. «Cada especie, antes de difundirse por el mundo, tiene delante de sí un precursor, o más bien una especie profética que la anuncia y la prepara. El hiparión es el precursor del caballo..... La mariposa misma ha tenido sus precursores y sus profetas. Las mas de las veces los precursores pasan sin dejar un recuerdo en la historia civil». (Edgar Quinet. *La Creación*, t. II, p. 351, 353). De lo que Aranzadi y sus amigos hicieron en pro del baskuenze, conservación de las instituciones patrias, fusión de baskos y de nabarros en uno, de lo que compendiosamente denominaré *euskarismo*, pocos se acuerdan. La manera juvenil del día no se cuida de profetas ni de precursores. Todo proviene de un germen único y reciente. Esta preterición es una injusticia. No la achaco a mala voluntad; el temor de aminorar otros méritos, su poquitín de ignorancia de la historia de ayer, el entusiasmo que la reputación consagrada suscita, la explican. Pero la injusticia es cosa fea y no debe cometerse. Además, inútil: los hechos están detrás; gritan, y algún día se oye su grito. Aranzadi nunca se avino a que le privasen de su «yo» patriótico. En líneas consagradas a llorar la muerte de Arana-Goiri a quien

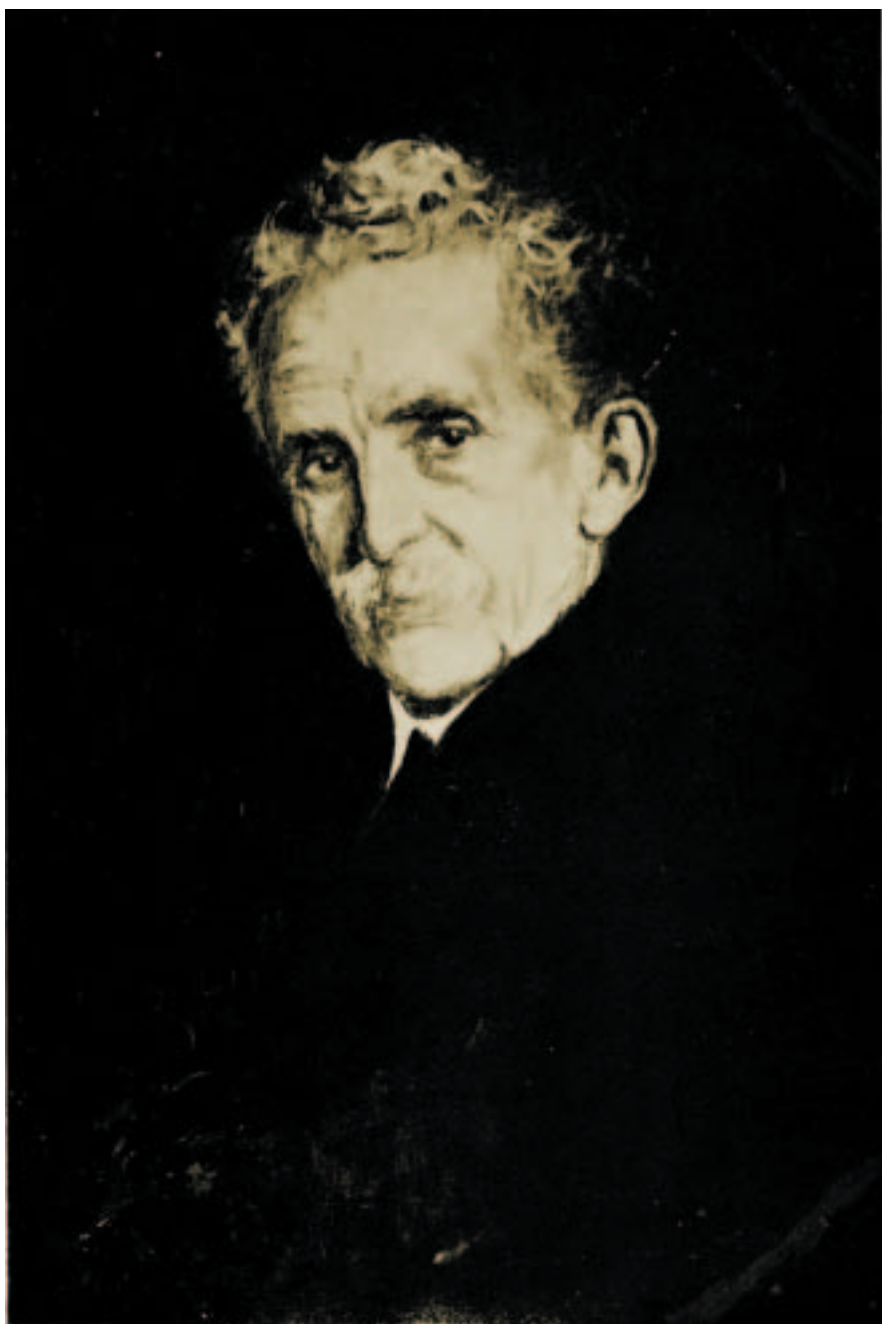
con razón apellidaba Guía, Maestro y Mártir de la noble causa, líneas recientemente reproducidas por *Hermes*, escribió lo siguiente: «Aquí (Iruña) en conferencias íntimas con él, en fecha memorable, tomó cuerpo el pensamiento de reconquistar nuestra perdida nacionalidad, y aquí tremoló por vez primera la bandera patriótica en que campea la cruz de San Andrés (en Castejón, cuando la gamazada). Y me permito hoy evocar estos recuerdos, que no son los únicos que con gratisima emoción conservo, porque es para mí y para mis hijos título de gloria, que considero inmarcesible, haber tenido con él participación tan inmediata en los nobilísimos propósitos *que ya habían agitado mi espíritu antes que él viniera al mundo*». Seamos imparciales y generosos al articular nuestra tabla de valores. No desdeñemos las aportaciones de nadie, ya traigan pepitas de oro, ya granillos de arena.

Don Estanislao de Aranzadi e Izcue, nacido el 7 de Mayo de 1841, falleció en Oñate el 16 de Septiembre de 1918, a los setenta y siete años de edad. El glorioso Congreso Basko parecía rasgar las nieblas de un horizonte bañándole con todos los resplandores de la esperanza. Dios no quiso amargarle los postrimeros días de su vida; se lo llevó antes de que se desencadenasen los mónstruos de la persecución antibaska; ¡bendito sea! Déjanos su espíritu, que aspiraron sus hijos, los héroes parlamentarios del nacionalismo: Manolo de Aranzadi, Chomin de Epalza. Y al representarme la agonía de mi querido amigo, se me figura oír salir de sus labios las palabras de Mathathías: «*Nunc, ergo, o filii, æmulatores estote legis, et date animas vestras pro testamento patrum vestrorum.—Et mementote operum patrum, quæ? fecerunt in generationibus suis; et accipietis gloriam magnam, et nomen æternum*». «Pues ahora, ¡oh hijos! sed celosos de la ley y dad vuestras vidas por el testamento de vuestros padres. Y acordaos de las obras de vuestros padres, que hicieron en sus generaciones: y ganaréis una gloria grande, y un nombre eterno».

ARTURO CAMPIÓN

Emilia-enea, Ategorrieta. Día 2 de Noviembre «Conmemoración de los fieles difuntos», año 1919.





RETRATO AL OLEO «DE ASARTA» REPRESENTANDO
A D. ESTANISLAO DE ARANZADI